

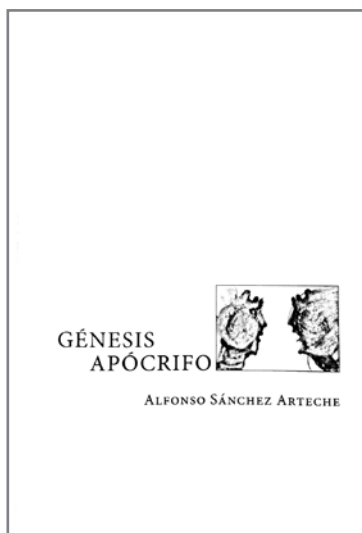
Alfonso Sánchez Arteche, el fabulador

JOSÉ LUIS CARDONA ESTRADA

La obra de Alfonso Sánchez Arteche (Ciudad de México, 1952) abarca poesía, ensayo, cuento, biografía e historia. En los dos últimos años destaca su regreso a la poesía, luego de una ausencia lírica que empezó en 1998, año en que el registro disponible remite precisamente al *Pliego de Poesía* del número 18 de **La Colmena**. En 2011 se acabó esa sequía con la publicación de la plaqueta *Hacerse de palabras*, que permite disfrutar la renovación creativa del escritor mexiquense más completo.

Por eso, al revisar el octavo tomo del *Diccionario de escritores mexicanos* (UNAM, 2005), sorprende que esa trayectoria quepa en dos páginas que, presentadas así, causan la impresión de una obra breve. La lectura atenta despeja dudas y confirma un trabajo extenso, sobre el que hay un número importante de referencias. Llama la atención, asimismo, que falte precisamente la referencia a la plaqueta publicada en **La Colmena**. Fuera de estos sobresaltos sin mayor relevancia, está el hecho afortunado de que entre los vecinos del escritor

(por disposición alfabética) estén Alfonso Sánchez García, su padre, y Félix Suárez, el poeta y editor que le dio a las letras del Estado de México, a partir de los ochenta, el salto cuántico que necesitaban, con quien tiene larga amistad. Ocupan sus respectivos y destacados lugares José Juan Tablada y Gutierre Tibón, cuya referencia en estas líneas no es gratuita, pues si algo potencia el trabajo creativo de Alfonso es su enorme capacidad como lector y su erudición en temas del México prehispánico,



Alfonso Sánchez Arteche, *Génesis apócrifo*, Toluca, Gobierno del Estado de México/Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, 2012.

colonial e independiente, la obra de sor Juana Inés de la Cruz y el resto (qué resto) de los escritores del siglo de oro, la generación del 98 y la del 27, la poesía latinoamericana, Mark Twain y un largo etcétera, Tablada y Tibón incluidos.

Si llama la atención que dos páginas hayan bastado para

presentar hasta 2005 al escritor, no es porque se haya escamoteado algo relevante (la ficha fue escrita por Jesús Gómez Morán), sino porque queda establecido el contraste entre un resumen justo, apretado, completo, y el total de las páginas que son su fuente. Mucho aquí no quiere decir mediocre. Sánchez Arteche ha producido una obra tan amplia como inteligente y brillante. El arco se abre con *Andamio de voces* (1976) y llega hasta *Hacerse de palabras* (2011) y *Génesis apócrifo* (GEM/CEAPE, 2012).

El caso del autor es único en el siguiente sentido (sin descartar otros posibles sentidos únicos, no se sabe): historiador, poeta desde la primera juventud, periodista y conferenciante, biógrafo y narrador. La amplitud de su registro y producción no tiene paralelo en el ámbito local, adjetivo que aquí rechaza la delimitación chovinista o provinciana, y se propone como el entorno necesario para establecer analogías y contrastes, pues ya no estamos en los tiempos en que se podía alegar que la mejor manera de morir en el anonimato era quedarse en provincia —¿qué es la provincia en la era global?—. Se decía que la mejor manera de alcanzar el éxito literario era emigrar a la Ciudad de México y enrolarse en alguna de las mafias literarias, aunque se aseguraba que nada más había una, en la que oficiaba en el papel central Fernando

Benítez. A tanto se llegó, real o imaginariamente, al remitir al centralismo como el expediente siempre abierto de la exclusión. Ahora, en cambio, publicar en una editorial internacional es casi indispensable.

Pero ningún otro tiempo como hoy en la historia literaria del país en que sean tan patentes el talento creador y la mediocridad, en parte por la explosión editorial de las últimas décadas, en parte por la visibilidad que dan las redes sociales, y Sánchez Arteche le ha sabido sacar provecho a la revolución tecnológica desde hace años. Tiene una presencia constante en *Facebook*, en donde comparte diariamente poemas, anécdotas y comentarios, fotografías y otras imágenes, dándole densidad a la red de sus numerosos amigos. Sin dudar, en algún momento podría tener su *blog*, lo cual es muy deseable. Maestro de la economía de medios, sería muy interesante leerlo en *Twitter*.

Escritos en el taller que dirigía Carmen Rosenzweig y publicados originalmente bajo el nombre *Fábulas, mitos y otras ficciones* (UAEM, 1985), los relatos que forman *Génesis apócrifo* —título precisamente de uno de ellos— son un ejemplo notable de la multitud de intereses que han ocupado a su autor a lo largo de su vida intelectual y creativa. Se aglutinan alrededor de dos pasiones, compulsiones, vocaciones irreductibles: la poesía y la historia, y de la

necesidad irrenunciable de fabular. Pocas veces conviven el historiador, el fabulador y el poeta en un escritor, pero sucede que Sánchez Arteche ha trabajado sus pasiones manteniendo una presencia constante en el periodismo, oficio que, sin ser su interés primario, le ha permitido publicar regularmente en suplementos y revistas trabajos diversos surgidos de aquellos dos intereses fundamentales. Para entender esa convivencia fructífera del creador, el estudioso y el periodista se pueden buscar pistas (cuando menos las genéticas y las educativas) en el libro-antología-homenaje *El plumaje del mosco* (UAEM, 2001), donde Sánchez Arteche y dos de sus hermanos reunieron testimonios autobiográficos de su padre, el Profesor Mosquito, quien fue periodista, historiador, cronista y poeta —¿novelista y cuentista?: es muy probable—, y un comunicador social pionero. Igualmente, un recio maestro de vida. Así que el periodismo fue muy importante en la formación de Sánchez Arteche y luego un vehículo de difusión de algunos de sus intereses creativos e intelectuales.

Justamente, para las páginas biográficas quedará su transcurrir intelectual. Suspendeda su formación académica en la primera juventud —resultó nada más un aplazamiento—, el autodidactismo suplió con creces lo que el aula no le dio en

principio. Quienes se han formado por sí mismos viven el riesgo de la dispersión con tal de disfrutar la libertad de indagar y hacer un camino propio. Es el camino del ensayista en términos, digamos, clásicos, que en este caso —oh, aparente paradoja— practica el rigor académico discutiendo literariamente. El escritor volvió a las aulas en la madurez y, como era de esperarse, lo hizo de manera brillante. Puede parecer un exceso decir que la UNAM estuvo esperando a Alfonso Sánchez, pero algo o mucho tuvo que pasar para que ya con un amplio reconocimiento como escritor, historiador y periodista emprendiera la licenciatura y la maestría en Historia. Un rasgo de su calidad moral está en el afecto y la gratitud con que se refiere a sus maestros.

Génesis apócrifo es un libro disfrutable por donde se lea. Mueve a la lectura que goza de la capacidad fabuladora, el sentido del humor y la competencia poética. Si se quiere indagar en los textos y la narración oral que son las fuentes de los veinticinco relatos que componen el libro, valdrá la pena recordar la advertencia de William de Baskerville en *El nombre de la rosa*: un libro es muchos libros.

En todo caso, el lector tiene que hacer su trabajo, pero si el mismo escritor le ayuda, la empresa es menos complicada. “*De rerum novarum*”, el último de

los relatos incluidos en el libro, da pistas de la necesidad fabuladora del escritor. Uno de los tres personajes, con sus “seis patitas”, encarna la imaginación, la escritura, la urgencia por contar. A este personaje le corresponden las primeras líneas de cada apartado y justo párrafo: “Cuando termine de chupar su ración de sangre en el antebrazo, ha de surcar, línea tras línea, toda la palma de mi mano”. El abuelo no-nagenario, violento y represor, está descrito en la segunda parte de cada párrafo. El viejo es el ejemplo de una “existencia cuadrículada”, como “la clave de su ser que se le había vuelto cifras en la nómina de pensionados”. A la manera de quien huyó del “hombre del traje gris” cantado por el primer Joaquín Sabina, el escritor le cumplió a su vocación. El final del cuento lo hace redondo:

De nuevo es el horizonte
prensado entre el cielo
y la tierra. La oscuridad
que nos reúne. Es estar
ella y yo, sin abuelo po-
sible, con todo el tiempo
para inventar algo que se
parezca a la literatura.

El escritor trastoca, al crearlos de nueva cuenta, personajes, fábulas, mitos, relatos salidos de Homero (la Circe anónima de “La maga”), la Biblia (“Génesis apócrifo”, “El verdadero mito de la Natividad”, en deuda con la

tradicción oral, y “El mismo cantar”), la cosmogonía y la literatura prehispánicas (“El signo de la alianza”, “Quetzalcóatl, el inolvidable”, “Coyote hambriento”) y otras narraciones diversas, tan universales como locales por origen y destino. Es un trabajo creativo —no académico— de literatura comparada. Ambientando en otros espacios, desdramatizando o dramatizando, el escritor juega a cambiar las referencias espacio-temporales para relatar como si fuera la primera vez. Un ejemplo es la ubicación de la Natividad en la capital de la vainilla, Papantla, y sus alrededores, o el diálogo fundador de Tenochtitlan contado en clave del caló de cualquier barrio feroz del D.F. Hay gozo en esta escritura y la lectura por eso es también gozosa.

Guiño tras guiño, el escritor mantiene como constante el cambio de coordenadas y la presencia abierta o implícita del fabulador, cuya licencia será la de Chrétien de Troyes, el fundador de la novela francesa, quien ya viejo, recordará (inventará) desnuda a Leonor de Aquitania, porque su imaginación la despojó de los trajes con que la madura reina lo recibió décadas atrás. Es recurrente en los relatos esta presencia, como si el escritor quisiera transmitirle al lector el mensaje de que sólo es un mediador entre lector y palabra, o bien es una manera de introducirse en el relato, en forma de personaje o voz.

Hay cuentos delirantes en que el escritor crea personajes con fragmentos, y así los reinventa, los hace otros, mientras la trama se enreda y desenreda de manera siempre sorpresiva. Otro guiño es la introducción inesperada de detalles o salidas chuscas, giros lingüísticos que recuerdan inclusive al Tin Tan del *Vizconde de Montecristo* (1954) o al Cantinflas de *Ahí está el detalle* (1940), a la manera de quien evita la solemnidad aun a riesgo de romper la tensión del relato. Los cuentos más poéticos son la excepción a esa constante.

Hace años, en alguna charla, Sánchez Arteche me dijo que estos textos eran ejercicios de estilo. Tal vez sí, pero ejercicios virtuosos; plena la combinación de las referencias del erudito con la finura del poeta y la risa del cuentacuentos. La gravedad, lo oscuro, el dolor del alma, los ha dejado para una parte sustancial de su poesía, pero no está ausente, por contraste, de al menos dos cuentos de *Génesis...*

Blanca Ocampo sugirió en la primera de las presentaciones del libro acercarlo a estudiantes de secundaria y preparatoria para ofrecerles esta literatura gozosa como invitación difícil de rechazar. La propuesta es acertada, porque estos relatos se sostienen en el acto mismo de contar, aun cuando los guiños más cómplices de Sánchez Arteche parten de gambitos que

preparan el terreno a la complicidad profunda, la del escritor con su hermano.

Ha sido un acierto del Consejo Editorial de la Administración Pública la segunda edición de *Génesis apócrifo*, dado que además de las correcciones debidas al poeta Raúl Cáceres Careno, quien conservaba unas pruebas de la edición original (Sánchez Arteche no tenía un solo ejemplar), el cuidado editorial es muy destacable. Como todos los libros, éste habrá de elegir a sus lectores, pues veintisiete años no son nada ante la fuerza y gracia de las historias inmunes al tiempo, arregladas como si fuera cualquier cosa por nuestro, dicho en sentido global, escritor más completo.

JOSÉ LUIS CARDONA ESTRADA. Periodista. Licenciado en Sociología y maestro en Economía por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha publicado artículos en diversos medios informativos.